

"La Iniciación Cristiana en el itinerario de la Fe"

A cargo del Pbro. Fabian Esparafita y Constanza Levaggi.

Todos los Jueves de Agosto y Setiembre de 20.30 a 22 hs. por **RADIO MARÍA**

discipulosdecamino@isca.org.ar



2º Encuentro: La Iniciación Cristiana en la historia de la Iglesia

No siempre se hizo igual !!!...

Advierte el Catecismo de la Iglesia Católica que "**desde los tiempos apostólicos** para llegar a ser cristiano se sigue un **camino** y una iniciación que consta de **varias etapas**". Trataremos de recorrer de qué modo la Iglesia desarrollo o asumió este desafío para reconocer diferencias e insistencias para nuestro tiempo...

«Desde los tiempos apostólicos, para llegar a ser cristiano se sigue un camino y una iniciación que consta de varias etapas. Este camino puede ser recorrido rápida o lentamente. Y comprende siempre algunos elementos esenciales: el anuncio de la Palabra, la acogida del Evangelio que lleva a la conversión, la profesión de fe, el Bautismo, la efusión del Espíritu Santo, el acceso a la comunión eucarística»¹.

Si bien la expresión *Iniciación Cristiana* no es usada en todo el Nuevo Testamento, sin embargo aparece referido el **proceso** por el cual quienes tienen cierta inquietud por el misterio del Señor Jesús, van asumiendo para sí el proyecto de esta Vida Nueva que Él propone, se transforman interiormente por la conversión y la fe, y se incorporan y participan plenamente del misterio de Cristo y de su Iglesia.

Vemos como, ante la predicación de Pedro en Pentecostés, aquellos visitantes procedentes de todas partes, conmovidos por sus palabras preguntan «¿qué debemos hacer?» a lo cual Pedro respondió: «*Conviértanse y háganse bautizar en el nombre de Jesucristo para que les sean perdonados los pecados, y así recibirán el don del Espíritu Santo*», y advierte quien nos predica aquel acontecimiento que «*los que recibieron su palabra se hicieron bautizar; y ese día se unieron a ellos alrededor de tres mil*» e inmediatamente después se nos relata la vida habitual de aquellos discípulos en la que «*todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. [...] Y cada día, el Señor acrecentaba la comunidad con aquellos que debían salvarse*»².

¹ CEC. n.1229.

² Cf. Hch. 2, 5-47

Los *Hechos de los Apóstoles* recoge y nos anuncia numerosos acontecimientos en los que la Iglesia primitiva vivía, de modo implícito, este proceso de iniciación³.

³ Entre ellos destacamos dos: a los samaritanos, bautizados por Felipe, son enviados Pedro y Juan para imponerles las manos y «confirmarlos» (Cf. Hch. 8,12.14-25); una experiencia semejante viven los doce discípulos de Juan el Bautista en Éfeso: habiendo abrazado la fe [habían sido bautizados con «el bautismo de Juan»], después de la «catequesis» de Pablo se hicieron bautizar en el nombre del Señor Jesús. Pablo les impuso las manos, y descendió sobre ellos el Espíritu Santo. Entonces comenzaron a hablar en distintas lenguas y a profetizar (Cf. Hch. 19,1-7). Otros acontecimientos, nos remiten a la misma «iniciación en la fe», así había sucedido con el mismo Saulo de Tarso quien será acompañado por Ananías y Bernabé (Cf. Hch. 9,10-31), como él mismo lo recuerda y predica (Cf. Hch. 22,16); el centurión Cornelio, su familia y sus amigos con la asistencia de Pedro (Cf. Hch. 10,1-48); algo similar sucede en Filipos, con Lidia y con el carcelero que custodiaba a Pablo y a Silas, quienes viven un proceso de conversión y son bautizados, en el caso del carcelero, junto con toda su familia (Cf. Hch. 16,12-15; 25-34); en Corinto, sucede un hecho de características semejantes con Crispo, el jefe de la sinagoga, quien junto con toda su familia y con "muchos habitantes" de Corinto «que habían escuchado a Pablo, abrazaron la fe y se hicieron bautizar» (Cf. Hch. 18,1-8).

En el caso de Pablo, el concepto **βαπτισμός** incluye varios ritos bautismales y todos los efectos que están involucrados en el proceso de iniciación⁴.

La comprensión que la Iglesia primitiva tiene del mandato misionero de Jesús⁵, la percibimos en la predicación de Pedro en Pentecostés, donde traduce aquel mandato como llamada a la conversión e invitación al bautismo para participar de la Vida Nueva que Jesús ofrece⁶.

Por otra parte consideramos oportuno destacar la riqueza del concepto griego **βαπτισμός**, el cual no sólo se refiere al bautismo entendido autónomamente sino a todo el proceso de iniciación globalmente entendido.

A partir del siglo II, disponemos de una información cada vez más detallada sobre el desarrollo de la iniciación cristiana y sobre su significado. La época de los Padres fue un tiempo de fecunda reflexión teológica. En este tiempo se elaborará una teología de los sacramentos de la IC que aún hoy se nos impone como referencia por su inspiración bíblica, su perspectiva histórico-salvífica y su profundidad doctrinal.

Citamos entre otras fuentes la *Didajé*, el testimonio de san Justino en su *Apología*, las referencias de Tertuliano, particularmente en su *De Baptismo*, los datos más exactos de Hipólito en su *Tradición Apostólica*⁷.

El período que va desde el siglo IV al VII, a la vez que se lo considera la edad de oro de la patrística, podríamos llamarlo *la edad de oro de la iniciación cristiana*.

Se acercan en masa a la Iglesia para entrar en ella, aunque la pureza y la santidad de sus intenciones no sean muy claras. Por su parte los pastores, conscientes de su misión, sienten el deber de velar por la integridad de la fe y su expresión en la vida comunitaria, así como por el progreso en su comprensión y su ortodoxia.

Entre los testimonios patrísticos más importantes citamos, entre los padres griegos, Cirilo de Jerusalén con sus *Catequesis Mistagógicas*, Juan Crisóstomo con sus *Catequesis Bautismales*, Teodoro de Mopsuestia con sus *Homilias Catequéticas*, y entre los padres latinos, Ambrosio de Milán, con su *De Mysteriis*, y Agustín de Hipona, particularmente con sus *Sermones de Pascua*.

En el período que coincide prácticamente con la Edad Media, ciertas circunstancias, propias de este época, promoverán profundos cambios en la reflexión y desarrollo de la iniciación cristiana: el ambiente socio-cultural va cambiando radicalmente, las relaciones entre la Iglesia y el Estado ya no están marcadas por la hostilidad sino por el mutuo apoyo, la sociedad va encarnando valores propios de la fe cristiana, la Iglesia quiere organizarse adoptando ciertas estructuras estatales.

Se extenderá la práctica de la iniciación de los niños recién nacidos, lo que generará una búsqueda de adaptación tanto de los procesos formativos como de los ritos y el modo de celebrarlos.

⁴ Cf. Ro. 6,1-23; Gá. 26-27; 1Co. 6,11; 12,13. y las de inspiración paulina: Ef. 2,12-14; Ti. 3,5. Destacamos principalmente Hb. 6,2.

⁵ Cf. Mt. 28,19-20a.

⁶ Cf. Hch. 2,38.

⁷ Nos interesa en este apartado presentar los testimonios que mejor aluden a la iniciación cristiana como proceso total. De allí que dejemos los aportes de otros autores sensiblemente importantes (S. Ireneo de Lyon; San Cipriano; Orígenes; etc.) para el momento de la sistemática profundización teológica.

Durante el período patrístico, el catecumenado estaba ordenado para los adultos, a quienes, el tiempo previo de catequesis preparaba para una mejor disposición a la gracia que se había de recibir con esclarecida conciencia y libre voluntad.

A medida que la sociedad deja de ser en su mayoría pagana, el medio ambiente en que nacen las nuevas generaciones se transforma poco a poco. Las costumbres se cristianizan y su influencia, lejos de oponer a los hombres al cristianismo, los prepara desde lejos a la vida cristiana.

La organización y definición del territorio encomendado a los obispos para su cuidado pastoral, agregará un elemento nuevo a la reflexión sobre la unidad dinámica de la iniciación ya que muchas veces la extensión territorial excede las posibilidades reales de atención, y generalmente, con dos realidades sociológicamente distintas, la comunidad circundante a la sede episcopal y las comunidades rurales.

El modo de enfrentar estos desafíos estará acompañado de la reflexión que permita entender las nuevas respuestas pastorales y se plasmarán en esquemas rituales que expresan la comprensión teológica y sacramental de la iniciación cristiana como tal.

Hasta aquí podríamos decir que la iniciación cristiana, si bien ha sufrido numerosas adaptaciones, sin embargo, ha conservado, tanto en la teoría como en la práctica, la comprensión inicial del proceso transformador del sujeto que acepta la Buena Noticia de la Salvación y se dispone por la inmersión en el misterio divino, fortalecido por el don del Espíritu, a hacerse uno con Cristo. Este proceso que se realiza interiormente, en el corazón del hombre, se manifiesta a través de ritos que expresan sus disposiciones o lo preparan para ello y de tres momentos sacramentales íntimamente vinculados que lo sellan con la gracia de Dios.

Sin embargo, según nuestra percepción, aquel proceso unitario enfrentó diversas contingencias que fueron derivando en una *fragmentación* de aquella iniciación, valorando la autonomía de cada uno de los sacramentos que la conforman, pero perdiendo o diluyendo la comprensión del proceso como tal.

En el período siguiente se nos abre una triple perspectiva: por un lado la ruptura entre Occidente y Oriente –lo que se había insinuado en el siglo XI, se cristalizará definitivamente en el siglo XIII–, a partir de lo cual la iniciación tendrá una evolución propia en la tradición de Oriente; por otro lado la Iglesia Europea de Occidente, inmersa en una serie de luchas internas, padecerá las escisiones de diversas comunidades eclesiales lideradas por los "protestantes" del siglo XVI, en cada una de ellas la iniciación en cuanto tal sufrirá transformaciones, fruto de una diversa concepción teológica, por su parte la misma Iglesia abordará su propia Reforma, respondiendo a los "protestantes" e inaugurando un nuevo período en la evolución de la iniciación cristiana; por otro, la misma Iglesia que sale de sus propios límites para llegar en pocos decenios a los confines de la tierra, debiendo en este caso enfrentar nuevos desafíos para la iniciación cristiana de los "nuevos paganos" que acogían el Evangelio de Jesucristo.

Desde la aplicación del concilio reformador hasta el decreto *Quam Singulari* de Pío X, se atravesará un período de disociación entre los diferentes elementos que componen la iniciación cristiana como tal.

Desde mediados del siglo XX⁸ se abrirá paso un período de restauración y renovación en el campo de la iniciación cristiana que alcanzará su máxima expresión en el Concilio Vaticano II y su magisterio postconciliar.

Podríamos decir entonces que el *hecho* de la iniciación cristiana es antiguo, es de origen patrístico e incluso apostólico. Sin embargo la *noción* de *iniciación cristiana* ha vuelto

⁸ Tomamos como referencia las aportaciones del movimiento litúrgico, particularmente la aparición del ritual bilingüe alemán publicado en el año 1950

a aparecer en la reflexión teológica sobre los sacramentos⁹ y en los documentos del magisterio¹⁰, particularmente desde el Concilio Vaticano II¹¹.

La práctica catequística vigente

La iniciación cristiana, que comienza ya con la celebración del **Bautismo** de los niños, normalmente dentro de los primeros meses de su vida, no presenta, en general, un adecuado acompañamiento de las familias. En los años sucesivos los niños y los padres podrían encontrar una valiosa ayuda para su crecimiento en la fe en los distintos niveles de las escuelas católicas, sin embargo no todos los bautizados participan de ellas.

Entre los 8 y 12 años, los niños son presentados por sus familias para prepararlos para su "**Primera Comunión**". Es allí donde encuentran abundantes propuestas para vivir y madurar la propia fe, lo que si bien puede ser una riqueza por la variedad de iniciativas no deja de ser una situación más que favorece una versión consumista de la fe por la cual se elige, cuando se puede, la que me provea de mayores beneficios en el menor tiempo y con el mínimo compromiso.

En general, no obstante aquella variedad, los niños son recibidos desde los 8 años para transitar un camino de aproximadamente dos años de duración. En el transcurso de este período, si alguno no hubiere estado bautizado, recibe el bautismo, y todos cercanos a la culminación de este tiempo, celebran su **Primera Confesión**, después de lo cual hacen su **Primera Comunión**, en distintas fechas, según las posibilidades de cada comunidad. La intervención de las familias en este período, también es variada y cada comunidad presenta un estilo diferente: desde reuniones semanales con los padres para que reciban la catequesis que ellos a su vez deben dar a sus hijos, hasta encuentros ocasionales, formativos e informativos.

Se abre a partir de aquí un período, llamado en algunas ocasiones "**de perseverancia**" y es confiado a distintos agentes, según las comunidades; en algunos casos a instituciones o movimientos, en otros a las comunidades educativas católicas, en otros a grupos creados especialmente para ello, sin embargo no configura, en general, un adecuado acompañamiento ni de aquellos que han sido catequizados, ni de sus familias.

A partir de los 14 años son nuevamente recibidos –en general– para prepararse a recibir la **Confirmación**. La participación de las familias en este último período de catequesis es ínfima.

Si quisiéramos hacer una ponderación de los resultados actuales podríamos decir que:

Es un honesto ejercicio de quienes somos responsables de la conducción y de la acción pastoral el interrogarnos si esta praxis tiene una consecuente eficacia, es decir, si los niños y adolescentes que transitan estos caminos formativos que ofrecemos alcanzan el objetivo deseado: ser iniciados en la fe.

La actual pastoral catequística está caracterizada, en nuestra Diócesis, por un activismo inquieto y apasionado, muchas veces orientado a responder a las demandas sacramentales, provocadas por una mentalidad consumista y una fe de costumbre.

Otra constatación que podemos señalar es que la actual pastoral catequística de la IC, se encuentra fragmentada en diversos momentos según el sacramento para el que preparan, que tales momentos padecen una débil e interrumpida vinculación, que, muchas veces, no inicia a la vida cristiana –no es raro asistir a comportamientos contrarios a la fe en quien ha recibido los tres Sacramentos de la IC– y otras tantas ni siquiera inicia a los sacramentos, en cuanto son escasos, ya los conocimientos asimilados, ya el fruto que recae en quienes los reciben y celebran¹².

Es doloroso constatar que la conclusión de la IC coincide con un abandono progresivo y generalizado; progresivo ya que entre quienes son bautizados y quienes reciben la

⁹ En la mayoría de los autores que abordan el estudio de la iniciación cristiana, sea desde la teología dogmática, litúrgica, pastoral, señalan a L. DUCHESNE, quien en su obra *Origines du culte chrétien*, editada en París en 1889, utiliza este concepto poniéndolo, pues, nuevamente, en circulación [Cf. OÑATIBIA, I., *Bautismo y confirmación*. (Colección Sapientia Fidei Serie de Manuales de Teología 22), Madrid: BAC 2000; entre otros]

¹⁰ Aparece oficialmente en el *Directorio para la pastoral de los sacramentos* del episcopado francés en 1951

¹¹ Cf. SC 65, 71; AG 14; PO 2; RICA, RBN y RC, *passim*; CDC cánones 788/2, 842/2, 851/1, 872, 879, 920/1; CIC nn. 695, 1211, 1229, 1230, 1232, 1233, 1285, 1289, 1322, 1420. EA 9, 34-35, 41, 66; PG 38. NMA 73, 92.

¹² Cfr. NMA 38.77.90.

Primera comunión hay un decrecimiento muy notorio, y entre éstos y quienes son confirmados un decrecimiento mayor en comparación con los que han sido bautizados. Son cercanos al 25 % de los bautizados los que completan la celebración de los sacramentos de la iniciación, y quienes participan de un modo perseverante en la vida de la comunidad eclesial conforman un porcentaje aún menor.

Estos aspectos, que muestran una dificultad objetiva en la comunicación de fe, pueden estar relacionados a algunas otras causas, más inmediatas, respecto a aquella fundamental de la **crisis de la civilización** del cual se ha hablado.

La **primera**, es la dificultad de entrar en la comprensión teológica-pastoral de la IC que no coincide con el trabajo de sacramentalización hasta ahora desarrollado.

La **segunda** es la dificultad de identificar en una concreta corresponsabilidad a los sujetos que tienen a su cargo la IC (la Parroquia que convoca, los padres, los educadores, los grupos, las asociaciones).

La **tercera** causa está en el hecho de que la persona del catequista a menudo es elegida o aceptada más por necesidad de cubrir vacíos en el sector educativo que por una vocación misionera; la misma formación de los catequistas a menudo es poco orgánica e inadecuada también en el programar los diversos itinerarios.

En **cuarto** lugar podemos señalar el escaso conocimiento y aplicación de los Documentos de la Iglesia relativos a la renovación de la IC.

Por **último** una escasa experiencia visible de una comunidad cristiana comprometida en la IC, como también muchas veces la falta de una figura concreta de referencia que encarne el ejemplo de una fe madura.

Todo lo cual influye peyorativamente en el ánimo de los agentes pastorales, particularmente de los catequistas.

Es natural que, frente a los resultados cada vez más escasos, no obstante el precioso empeño puesto en todos los niveles, se eleve, por parte de los diversos agentes pastorales de la comunidad cristiana, un grito de que exprese semejante perplejidad: **¿qué debemos hacer?**

Es el interrogante que nace del vivir esta común desazón, por no lograr que se convierta en significativo y duradero el acercamiento a la vida de fe. Un interrogante que podríamos resumir así: **¿cómo ayudar, a quienes hoy se acercan a la fe, a ser cristianos?**

Discernimiento

El tema de la «iniciación cristiana», creemos, reviste suma importancia. En efecto, está relacionado directamente con el comienzo de la vida cristiana y nos refiere a la tarea central de la Iglesia¹³ de «hacer cristianos»¹⁴.

Se destaca aún más su importancia al reconocer, por un lado, que, hacia el interior de nuestras comunidades, exige una permanente revisión y vigilancia¹⁵, dado que en ella está el fundamento de la identidad de sus miembros; y que, por otro lado, en lo que hace al

¹³ Al usar este término tenemos en cuenta la concepción referida en LG 8; reconociendo además los múltiples modos de pertenencia a ella según se describe en el mismo documento conciliar, (LG 14-16).

¹⁴ Cf. TERTULIANO, *Apologeticus pro Christianis* XVIII: PL 1,378: «fiunt, non nascuntur christiani»

¹⁵ Cf. ES 15: «Tal vigilancia debe estar siempre presente y operante en la conciencia del siervo fiel, determina la conducta moral, práctica y presente que debe caracterizar al cristiano en el mundo. El llamamiento a la vigilancia está intimado por el Señor también en orden a hechos próximos y cercanos, es decir, a los peligros y a las tentaciones, que pueden producir caídas o desviaciones en la conducta del hombre (Cf. Mt 26,41). Así, es fácil descubrir en el Evangelio una continua invitación a la rectitud de pensamiento y de acción».

Cf. PG 19: Vigilancia que no es otra cosa sino «solicitud por el bien de toda la iglesia».

Testimonio de esta *vigilancia-solicitud* son las distintas propuestas pastorales que intentan responder al desafío de la iniciación, las cuales no dejan de generar ciertas dificultades y desavenencias en el mismo seno de la Iglesia. De allí nuestro interés por abordar la reflexión de este tema.

diálogo con otras comunidades cristianas, actúa como articulador en la continuidad y profundización de los caminos que faciliten y favorezcan la unidad ecuménica¹⁶.

La literatura sobre este tema de la iniciación en la fe crece incesantemente¹⁷.

La iniciación cristiana, como ya veremos, es un *proceso de transformación*, en el que, quien participa, asume una nueva identidad y desarrolla una nueva vida que se manifiesta en su comportamiento personal y comunitario.

Se trata de un *proceso global*, caracterizado por el anuncio y por la escucha de la Palabra de Dios, por la celebración de los Sacramentos de iniciación y por el testimonio de fe, esperanza y caridad. Es un *itinerario gradual* por el cual somos insertados en Cristo, muerto y resucitado, como miembros de su pueblo.

Releemos una vez más el Documento de Aparecida: "**Se impone la tarea irrenunciable de ofrecer una modalidad operativa de iniciación cristiana que, además de marcar el qué, dé también elementos para el quién, el cómo y el dónde se realiza. Así, asumiremos el desafío de una nueva evangelización, a la que hemos sido reiteradamente convocados**" (DA 287).

Algunas conclusiones o insistencias

- No siempre se desarrolló igual el tema de la iniciación cristiana...
- Como la poesía de la canción... TODO CAMBIA... pero NO CAMBIA MI AMOR frase que podríamos poner en labios del Señor...
- Podemos reconocer que a lo largo de la historia siempre se sigue un camino, un itinerario con etapas... para introducir en la vida cristiana...
- Se destaca un primer momento kerigmático de encuentro con Jesús, que dinamiza el resto del camino...
- En esas etapas van siempre juntas la Palabra y los Sacramentos... Palabra anunciada, acogida (conversión) y respondida (profesión de fe oral y vivida)... Sacramentos celebrados: bautismo, confirmación y eucaristía que inician un proceso y abren a la vida comunitaria discipular...
- El gran desafío será reconocer QUE CIRCUNSTANCIAS RODEAN Y AFECTAN A NUESTROS INTERLOCUTORES EN LA EVANGELIZACION QUE PRETENDEMOS Y DE QUE MANERA, QUIÉNES, CÓMO Y DÓNDE RESPONDEMOS CON UNA MODALIDAD OPERATIVA ADECUADA SEGÚN LOS INTERROGANTES Y PLANTEOS REFERIDOS EN APARECIDA... Y A LA LUZ DEL MAGISTERIO ACTUAL Y DE LOS ECOS QUE AÚN RESUEÑAN DEL IIIº CONGRESO CATEQUÍSTICO NACIONAL...

¹⁶ Cf. BOROBIO, D., *La Iniciación Cristiana*, Salamanca 1996, p. 15.

¹⁷ Nos permitimos ofrecer como fundamento los numerosos artículos publicados (al menos hasta el año 2005) en Revistas como *La Maison Dieu*; *Teología y Catequesis*; *Estudios Trinitarios*; *Phase*. Allí puede observarse cómo los temas referentes a la iniciación cristiana ocupan un importante lugar tanto en cuanto al espacio que se les dedica - algunas revistas consagran números enteros a la temática-, como a la frecuencia con la que aparecen.

A lo largo de este trabajo acudiremos frecuentemente a esa bibliografía para profundizar la reflexión en las riquezas teológicas y pastorales del tema que nos ocupa.